
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Editorial</i>	3	El mundo
<i>Étienne Michelin</i>	5	El "Mundo" en el Concilio Vaticano II
<i>Francisco Díez Fischer</i>	25	El juego abierto del mundo y las raíces de la vida
<i>Julia V. Iribarne</i>	35	Pierre Teilhard de Chardin, S.J., fenomenólogo del cosmos
<i>Jean Francois Chiron</i>	55	Paul Claudel, un cristiano en el siglo
<i>Emmanuel Picavet</i>	73	Los problemas de este mundo, ¿podemos dejarlos en manos del utilitarismo?
<i>Rebeca Obligado</i>	89	Caos o Cosmos: la elección de Antígona de Marguerite Yourcenar
<i>Jorge Mazzinghi (n.)</i>	101	"Ciudad abierta - Ciudad cerrada"

PAUL CLAUDEL, UN CRISTIANO EN EL SIGLO

*Dr. Jean Francois Chiron**

Paul Claudel, un cristiano en el siglo: tal es el programa propuesto para esta conferencia de apertura. ¿Pero vuestra convicción no se encuentra acaso ya definida? Porque el nombre de Claudel significa algo para muchos de nuestros contemporáneos. Un cristiano *en el siglo*: sí, ¡ciertamente!, e incluso inmerso en el siglo, víctima, quizás, del siglo. El embajador, el esposo, el padre de familia, el administrador de sociedades anónimas... En síntesis, el anti-Rimbaud, y por esto tanto más interesante. Pareciera que un artista se debe a sí mismo el ser un marginal, y vale en tanto tal. Mientras que con Claudel, es evidente que estamos ante el ejemplo mismo del conformista. Hay que modificar entonces el tono y decir: ¿*un cristiano* en el siglo? Pero no es seguro que esto arregle las cosas. Paul Claudel, ciertamente, es lo contrario de un profeta. Y son los profetas quienes hoy cuentan en materia de personalidades religiosas.

Trataré entonces de mostrarles dos cosas. En primer lugar, que este poeta, este prosista, este dramaturgo original genial, este lector y comentador de la Biblia, este eminente hombre de letras, se asemeja a nosotros, y así en su vida misma, tiene algo que decirnos. Y mostrarles así que esta inmersión en el siglo no era ingenua sino el resul-

* Sacerdote de la diócesis de Chambéry, profesor en la facultad de teología de Lyon. Texto de la primera conferencia sobre Claudel en Fourvière, en la cuaresma de 2005.

Paul Claudel, un cristiano en el siglo

tado de un combate. Puede ser que constatemos que en esto se asemeja a nosotros, a menos que seamos nosotros quienes nos asemejemos un poco a él.

Paul Claudel, como todo hombre, se vio confrontado a lo que los moralistas llaman las mediaciones, es decir a todo aquello que cada uno, quiéralo o no, debe tener en cuenta desde el momento en que se propone vivir como hombre; estas realidades ineludibles cuyo trato nos hace ser lo que somos: el dinero, el poder, la sexualidad (en el sentido de afectividad), la duración, el lenguaje... Estas realidades, él no las rehusó, y todavía menos en nombre de su fe. Las asumió con toda la lealtad de la que fue capaz. De allí, su *densidad* humana, su rica humanidad, demasiado rica quizás a los ojos de algunos —demasiado humana, dirán— pero siempre profundamente humana. Después de todo, estas mediaciones forman parte de lo que Claudel ama llamar la “santa realidad¹”, santa porque nos es dada por Dios como el lugar donde podemos encontrarlo, y no en el sueño o las ilusiones, aunque éstas fueran reconfortantes. La frecuentación de Claudel es así saludable, y creo poder atestiguarlo porque es, en una máxima medida, una lección de realidad, comprendida ésta en toda su complejidad y aún en sus contradicciones.

Ciertamente, la realidad, las mediaciones, nos aprisionan; podríamos llamarlas los lazos del siglo. Pero hay que soportarlos, hay que ser libre a pesar de ellos, e incluso, sin duda, en ellos, ya que estos lazos, estas mediaciones, participan en la constitución misma de nuestra humanidad: no hay salvación sin asumirlas. Sabemos que, en una magnífica inclusión, al comienzo y al final del *Soulier de satin* se nos presenta un hombre prisionero, pero libre en sus lazos y a pesar de ellos. Muchas cosas pueden decirse sobre esta doble imagen; nos bastará hoy ver, no ya el retrato de Paul Claudel, cristiano en el siglo, sino la evocación de aquello que intentó ser. El jesuita del comienzo del *Soulier*, atado al mástil del resto de un naufragio, es libre, como sacerdote, como jesuita, como cristiano; es en su conjun-

¹ *Introduction a un poème sur Dante*, en *Œuvres en prose*, Paris, Gallimard, La Pléiade, 1965, p.423

to lo que su hermano Rodrigo, a través de los juegos del deseo y del sacrificio, intentará devenir en la pieza, lo que Claudel quiso devenir, sabiendo que la tarea era sin fin, esto es un hombre liberado, porque consintió a la gracia, porque hizo lugar a Dios en su vida.

Dejemos ahora la palabra a aquel que evocamos. El siglo fue para Paul Claudel, ante todo, su oficio. Oficio de cónsul, especialmente en China cerca de quince años, luego embajador de Francia. Ser cónsul es una tarea que exige una confrontación cotidiana con la humanidad en lo que tiene de más concreto. Por ejemplo, en 1906, en Tientsin: “Tengo una ciudad de cuarenta mil chinos para administrar, lo cual es más difícil que volver a pescar a un malayo por el párpado con un bichero²”. O bien: “”Para mí es una alegría el tocar todas estas cosas bien grandes y bien reales, *tramways*, alcantarillas, electricidad y la despiadada contabilidad...el trabajo es una de las buenas cosas de la vida...³”. El oficio de cónsul exige al hombre de negocios, al comerciante que hay en él: “en este momento hago una campaña de adjudicación de tubos⁴”, escribe desde Praga en 1910. Y llega a evocar a Brasil “donde me he cubierto de gloria en las finanzas y el almacén, el más bello de los oficios, ¡y que no he dejado de considerarlo como mi verdadera vocación!⁵”. Está convencido: “Soy feliz de estar en los negocios, porque me obliga a interesarme en las mil sutilezas de la existencia. Esto termina por hacer sentir un gran amor a los hechos tal como llegan⁶”.

En cuanto al embajador, sus preocupaciones son de un orden muy distinto, pero de todos modos no menos concretas. “No siempre es fácil traducir un texto de París en el lenguaje de Tokyo o de Río⁷”.

² Carta a F.Jammes del 1.6.1906, en *Correspondance Claudel-Jammes 1897-1938*, Paris, Gallimard, 1952,p.90

³ Carta a A.Fontaine del 9.12.1906, en *Oeuvres Complètes*, en adelante O.C.,t.XV, Paris, Gallimard, 1959, p.226

⁴ Carta a Elisabeth Sainte Marie Perrin del 21.8.1910, en *Lettres de P.Claudel è E. Sainte Marie Perrin et è A.Parr*, Cahiers Paul Claudel 13, Paris, Gallimard, 1990, p.46

⁵ “El ausente profesional” O.Pr. p.1250 (texto de 1938).

⁶ Afirmación del 8.10.1910 transmitido por J.Rivière, en *Correspondance P.Claudel-J-Rivière 1907-1924*, en Cahiers Paul Claudel, 12, Paris, Gallimard, 1984, p.167

⁷ “Le chat noir et la douzaine du boulanger”, O.Pr.,1266, texto de 1936.

Y consagrará una parte de su trabajo a redactar largos informes sobre “el contrabando y el alcohol en los Estados Unidos”, “la especulación en Wall Street”, o “el crash financiero en Nueva York” mientras es embajador en Washington en 1929.

Un Claudel, entonces, que no es extraño al mundo: el siglo le va. Habrá que decir: ¿un Claudel mundano? El está persuadido: es más de los salones donde se encuentra la gente interesante y útil; pero “esto no significa que el diplomático tenga el derecho de no ir a la ciudad y no resignarse, con una sonrisa en los labios, al rol decorativo de florero...⁸”. Se pueden encontrar bajo su pluma anotaciones desilusionadas: “cruz de mi vida mundana”, “las conversaciones vanas y tontas que debo aprender a sufrir como mi cruz especial⁹”. O bien: “cuando se ha renunciado a todos los placeres de la vida, queda todavía el de levantarse de la mesa después de una comida aburrida¹⁰”.

En síntesis: nuestro hombre tiene el sentido más alto de lo que podemos llamar “el deber de estado”. “Es de una suprema importancia que cumplamos como buenos padres de familia esta carga a la que estamos destinados, la de ser tal fruto de tal flor¹¹”. O en 1945: “No hay sino un deber en la vida, hacer todo lo que se hace de la mejor manera posible (un demonio me sopla: incluso el mal!). La circunstancias me pusieron en el oficio diplomático y he considerado que la honestidad me obligaba, como dicen los americanos, a “liberar la mercadería”, a dar lo principal de mis fuerzas al patrón que me había contratado, y este deber nunca me fue penoso, sino lo contrario. Mi religión me había convencido de la importancia primordial y casi sagrada de los “deberes de estado”. Abracé entonces mi “profesión” de todo corazón. Si he sacrificado momentos perdidos a la literatura, me animo a decir que el patrón no ha sufrido¹²”.

⁸ Ibid.

⁹ *Journal*, t. I, p.764, marzo de 1927.

¹⁰ *Journal*, t.I,p.423

¹¹ Carta a André Gide del 7.11.1905, en *Correspondance P.Claudiel-A.Gide 1899-1926*, Paris, Gallimard, 1949, p.53

¹² *Etatisme et liberté*, en O.C. t.XXIX, 1986, pp.392-393, texto del 15.1.1945

Sí, Paul Claudel fue lo que podemos llamar un trabajador, lo contrario de un diletante; y en esto podemos también ver en él una referencia. Quiso hacer las cosas con seriedad, sin tomarse en serio. El embajador con uniforme dorado y sobrecargado de condecoraciones evoca así “el juicio humorístico que puedo hacer de mí mismo, lleno de estas extrañas dignidades”; pero prosigue:

“Si se trata de deberes de estado, de lo que debo hacer, entonces no sería nada divertido. Se trata de un deber que con todo honor y toda honestidad estoy obligado a cumplir. Que este deber, para los espectadores de afuera, pueda tener un costado cómico, e incluso interiormente para mí...pero se trata de algo sin embargo serio. He de sostener honestamente un compromiso que he firmado, y al que debo honrar de la mejor manera que pueda. Introducir un poco de buen humor, *humour* como dicen los ingleses, esto no obsta para la ejecución muy aplicada y seria de mis funciones ¹³”.

El *humour*, una mirada sobre sí que lleva a la humildad. Constata en 1920: “la humildad no sólo es una fuente de virtud, sino de buen humor ¹⁴”. Aforismo que encontrará un eco, veintiún años más tarde (admiremos la continuidad): “La humildad no es algo endeble, triste, que aplasta las espaldas. Por el contrario es algo superabundante y alegre...es una virtud de buen humor. Darse cuenta de las propias ridiculeces y vanidades es tanto divertido como triste. Sería una lástima que no hubiera constantemente con nosotros un observador listo a reírse de nuestras muecas ¹⁵”.

Pero es tiempo de recordar que Paul Claudel es un cristiano. En primer lugar, lo que inaugura su jornada es la Misa. Será siempre, en lo posible, cotidiana. Lo que le permite en un poema evocar las iglesias del mundo entero donde ha rezado:

“¿Era en Notre-Dame entonces en la oscura Misa de las siete...?
¿O en esta calle sucia de Boston? ¿Era en China?
¿Era en Praga en resplandor de risa dorada de una de sus bellas iglesias rococó...?”

¹³ *Mémoires Improvisées*, París, Gallimard, 1969, p.320

¹⁴ *Journal*, t.I, p.478, marzo de 1927

¹⁵ *Journal*, T.II, p.379, 1941

Paul Claudel, un cristiano en el siglo

¿O en Frankfurt obstruida por la nieve?
¿O en Hamburgo, donde la lluvia golpea los vidrios?
¿O en no se cuál capilla entre dos trenes ahogada entre pequeños
negocios siniestros? ¹⁶”

No estamos sino en 1917; iglesias habrá muchas otras en su vida de cristiano nómada. Pero donde se encuentre, lo que tiene Claudel es la preocupación de unir la Misa con su vida cotidiana de practicante, como asociar el sacramento al mundo de los hombres, como lo evoca el poeta:

“Esta mañana comimos en la casa de nuestro Padre
Pocos hijos para un festín tan grande y para un tan noble mantel,...
Señor, no soy digno de que este techo os sirva de abrigo,
Pero dí sólo una palabra y éste que amáis será curado.
Y ahora la misa dicha, es ofrecida la profunda acción de gracias.
Vayamos en nombre de Dios hacia la puerta abierta.
Es duro dejar este lugar donde habitáis en vuestro tabernáculo
Y retomar el viejo camino en la arena y las yerbas traicioneras y el obstá-
culo, e intercambiar el rumor humano en lugar de vuestras palabras eter-
nas...
He aquí el mundo exterior donde se encuentra nuestro deber laico,
Sin el desprecio del prójimo, con amor al prójimo,
Si puedo, sin violencia ni pasión inicua,...
He aquí la tierra entera....,
La tierra con todas sus producciones....
Yo creo que Dios está aquí aunque me sea escondido.
Como está en el cielo con todos los ángeles
Y en el corazón de la Virgen sin pecado,
Y está incluso aquí en la estación de tren,
Y en la fábrica, y en el pesebre, en el aire y en la carne ¹⁷”.

Sí, un Dios presente en el mundo como lo está en la Eucaristía, aunque sea de otro modo. “La misa ha sido celebrada, vayamos, la acción de gracias ha terminado ¹⁸”, esta acción de gracias en la que la misa consiste, le toca al cristiano prolongarla en toda su vida; lo

¹⁶ *La Messe là-bas*, en *Oeuvre poétique* (O.Po. en adelante), Paris, Gallimard, La Pléiade, 1967, p.498-499

¹⁷ *Processional pour saluer le siècle nouveau*, O.Po., p.295-297 (1907).

¹⁸ *Ibid.*

veremos enseguida, le toca al poeta prolongarla en toda su obra. La eucaristía es inseparable de la confesión, sobre la cual alguna confidencia del *Diario* nos indica que el hombre de carne y hueso no recurría a ella en vano. El sábado 12.12.14 leemos: “Confesión en la catedral de San Juan en Lyon. El rosetón azul de la nave, astral, místico, paradisiaco. Comulgué el 13 en Fourvière (capilla)”. Pero al fin de ese mismo mes el balance espiritual no es bueno: “¿Estos cinco meses habrán marcado para mí un progreso en la vida material?

Ya no hago nada. Navidad. No comulgué. Mis cuentas no son netas”. Y el 1.1.15, de vuelta a Paris: “¡Ay! Lágrimas y lamentos a Dios en la mañana en San Luis. A la tarde me confieso en St. Sulpice donde encuentro como siempre un sacerdote muy caritativo y muy inteligente. Muy reconfortado. Buenos propósitos ¹⁹”. En *Santa Genoveva* el poeta evoca de un modo lírico una circunstancia semejante, dos años después:

“Entre Italia y Brasil estoy de nuevo en Lyon por dos días,
sobre el muelle severo del Saône,
me dirijo, embargado en el sentimiento del bien
que no hice y del mal que no supe evitar.
Hacia la Catedral allí como una vieja madre
Para decir mis faltas de un tirón y esconderme.
Soy yo mismo, siempre el mismo y sin una gran esperanza de ser mejor,
y excluido tanto de un mundo como del otro.
El manto de San Juan es verde y un fuego sordo y púrpura
atraviesa el traje del apóstol.
Los santos asiáticos de alrededor del coro se apagan de a dos en la noche
Pero de un azul tal que el apartamiento de toda materia lo abre solo, a la
caída del sol flota todavía este rosado inaudito! ²⁰”.

Sí, toda una vida donde se mezclan lo más material, a veces lo más mundano, y lo sacramental; éste irrigando a aquel como vehículo de gracia. Basta continuar la lectura del *Diario*, 3.1.15:

“Comida en lo de los Berthelot, y vanas palabrerías. Bello saludo en San Francisco Javier...Almuerzo con la duquesa de

¹⁹ *Journal*, t.I, p.302 y 303

²⁰ “St.Geneviève” en *Feuilles des saints*, O.Po. p.636 (1918).

Paul Claudel, un cristiano en el siglo

Clermont-Tonnerre, la condesa Antoinette de Brémond y el padre Mugnier. Asunto terminado.”

Y dos páginas más lejos:

“Comencé a formar parte de las conferencias de St. Vincent de Paul. Visito en 4, calle de la Hachette a Mad.Gidon, tuberculosa que gana 30 francos por mes y que tenía sobre su cama a un pobre niño que empezaba a toser ²¹”.

El cristiano Claudel tiene entonces aguda conciencia de su indignidad; y no teme reconocerla. Lo confía con gusto a su diario:

“¡La vida de un Ozanam y la mía! ¡Qué continuidad por un lado, qué seriedad, qué atención! Y por el otro ¡cuántos azares, cuánta incoherencia, cuánto desaliño y gasto, cuánta negligencia en mis deberes, qué olvido de los pobres! Soy como una marioneta en lucha sin cesar contra los hilos que me mantienen desde arriba, de donde continuamente esas caídas y gestos grotescos ²²”.

Delante de un joven que parece idealizarlo, se defiende de ser un santo:

“No soy sino un pobre hombre, lleno de los trajines de negocios y de la vida de familia, gozando mediocre y burguesamente de los bienes de este mundo y del otro, llevando una vida llena de cobardía, de torpeza, y cortada de tiempo en tiempo por las constataciones más amargas y humillantes. En fin, pobres niños, Dios es el Padre de todos y tendrá compasión de nuestro indecible carácter absurdo personal ²³”.

Más tarde, se definirá como “...un alma con sus ridiculeces, sus pecados, sus debilidades, absurdidades y vanidades de todo tipo, pero abierta a la gracia que no cesa de trabajarla ²⁴”. Había escrito poco antes, en plena crisis afectiva: “Pude pecar (vivo en el pecado, hubiera sido mejor decir), pero jamás he cesado de creer en el amor

²¹ *Journal*, t. I p.303 y 305.

²² *Journal*, t. I p.254 (mayo-junio 1913).

²³ Carta a J.Rivière del 4.8.1907, *op.cit.*, p.86

²⁴ Carta a E.Ste.Marie Perrin del 12.5.1926, *op.cit.*p.111

que Dios tiene por mí y en el indefectible tesoro que ha puesto en las manos de sus sacerdotes ²⁵”. Y como Claudel es el hombre de todos los registros, el humor es también el arma que le permite relativizar la madera de la que estamos hechos: “En cuanto al pequeño *bric-a-brac* y el museo de horrores íntimo, moral e intelectual, que todos llevamos en nosotros, ello no tiene importancia, desde el momento que esos utensilios desmontados y pequeños objetos de colección no influyen más en nuestra conducta”. Y evocar por contraste lo que siente desde hace dos meses, “la inaudita e incomparable maravilla que constituye para nosotros la amistad con Dios ²⁶”.

Pero en él hay también otra cosa además del reconocimiento del pecado y la misericordia. En este laico hay la nostalgia de una vocación. “No hay ningún convertido que no se haya preguntado, con una profunda angustia, si el Dios que guió el primer paso no le pide un segundo... ²⁷”. De hecho, Claudel tiene una concepción muy alta del sacerdocio:

“ya que para la absolución y el sacrificio bien o mal necesitamos a los sacerdotes y los obispos, sacerdotes que nos den de comer el alma y el cuerpo de Dios y los suyos ²⁸”.

Y llega a reconocerlo explícitamente: “Que no soy sacerdote, como debería sin duda serlo, en lugar de este miserable escritor que soy y que no sirve para nada ²⁹”. Pero pocos años después lo reconoce con otro corresponsal: “A veces no me siento cómodo en la vida literaria y laica como lo habría estado del otro lado de la mesa eucarística. Es la tristeza de quienes están hechos de piezas y de trozos, de esos cuchillos a los que se les agrega un mango que no estaba hecho para él ³⁰”.

²⁵ Carta a G.Frizeau del 20.1.1904, *op.cit.*p.33.

²⁶ Carta a J.Rivi_re del 5.1.1914, *op.cit.* p.220.

²⁷ Carta a L.Massignon del 19.11.1908, en *Correspondance Paul Claudel-Louis Massignon 1908-1914*, Paris, DDB, 1973, p.54.

²⁸ “St.Andrá”, en *Corona Benignitatis anni Dei*, O. Po. P.423, 1914

²⁹ Carta a A.Suares del 2.9.1905, en *Correspondance Paul Claudel-André Suares 1904-1938*, Gallimard, 1951, p.45

³⁰ Carta a F.Jammes del 23.6.1911, *op.cit.* p.217-218.

Paul Claudel, un cristiano en el siglo

Comprometido en esta gran empresa que incumbe a cada uno de nosotros, es decir, encontrar el lugar que Dios le ha reservado aquí abajo, después de dolorosas peripecias, Claudel se forjó una convicción:

“Dos veces, en Ligugé y en Lourdes, y de una manera más fuerte todavía que por la convulsión de estos cuatro años en la que me permitió caer, Dios me ha mostrado que tenía el deber de quedar en el mundo, ha elegido El mismo y me ha dado la mujer que quería para mí³¹”.

Descifremos estas alusiones, donde Claudel relee en 1907 su pasado más reciente: después de un postulante interrumpido como monje benedictino, seguido por la larga aventura afectiva de cuatro años con una mujer casada, hacía falta el “orden” del matrimonio (y podríamos agregar: del oficio) para encontrar al fin un sostén, una vocación que cumplir en el mundo. He ahí por qué pudo escribir, respecto de su amigo Massignon todavía soltero: “necesita absolutamente el *orden*, el que fuera, la sumisión a una autoridad y a una tarea³²”. El orden, precisemos: sacerdocio o matrimonio.

Sí, tenemos el derecho de pensar. Si Claudel se comprometió a tal punto en el siglo, si fue un hombre del orden, es porque se sabía virtualmente, hombre del exceso. Hay en él algo de viajero en la tormenta, asido a la barandilla, que se sujeta para no caer en el abismo. Se sabe cómo evocaba la “lamentable historia” de su hermana Camila, escultora de genio internada por demencia: “que haga temblar a las familias donde se declara esta terrible desgracia, lo peor que pueden advertir es que se trata de una vocación artística³³”. Ya que está convencido: “Tengo todo el temperamento de mi hermana, aunque un poco más blando y soñador, y sin la gracia de Dios mi historia hubiera sido

³¹ Carta a A.Suares del 3.3.1907, *op.cit.* p.98.

³² Carta al P.Daniel Fontaine del 13.1.1913, en *Croniques du Journal de Clichy. Correspondance Claudel-Fontaine*, Annales littéraires de l'université de Besançon/Les Belles Lettres, Paris, 1978, p.102

³³ “Camilla Claudel”, O.Pr. p.278 (texto de junio de 1951).

sin duda la suya o peor todavía ³⁴”. Sólo la gracia habría hecho entonces la diferencia; pero no olvidemos el consentimiento a la gracia del cristiano Claudel: un consentimiento a renovar cada día; un consentimiento que implicaba una requisición de todos los medios de los que podían disponer el hombre y el creyente. De donde un combate sin tregua en aquel que se consideraba “un hombre duro, violento, poco amable, poco afectuoso, profundamente pagano, locamente vuelto a la alegría y al placer ³⁵”, él, que había observado a propósito de Tannhauser y de R. Wagner: “Estos rugidos de la carne mezclados a los del alma que luchan con igual fuerza la una contra la otra, esto era yo... ³⁶”.

Paul Claudel, hombre de deseo: un deseo que no quiso reprimir, sabiendo que no era a esto a lo que estaba llamado como hombre ni como cristiano; pero un deseo asumido, expresado, sublimado (en los registros de la poesía y del drama), un deseo puesto al servicio de la sociedad, del prójimo, de la Iglesia, de Dios (y de su Palabra, explícitamente, en la segunda parte de su vida).

“Incluso en el cielo habrá siempre alguna cosa de Dios que se mostrará a su criatura creada, habrá siempre materia para este deseo devorante, insaciable, que es en el fondo nuestra naturaleza, y si debiéramos perderlo, como osé decirlo en la *Cantata*, ¡lo envidiaríamos en el infierno! ³⁷”.

Claudel lo sabe, el deseo se encuentra en el fondo de nuestra naturaleza. Pero, para que este deseo sirva (por otra parte, “el pecado también sirve ³⁸”), para que sirva a la gracia, hay que pasar por el consentimiento al sacrificio. Sí, el sacrificio. Tantas cosas nos dice a este respecto en una fórmula de su *Diario*: “El hombre está hecho para otra cosa que la Belleza; para la causa de la Belleza ³⁹”. He aquí

³⁴ Carta al P.D. Fontaine del 26.2.1913, *op.cit.* p.115.

³⁵ Carta a A. Suares, del 22.9.1905, *op.cit.* p.48

³⁶ “Le cor d’Hernani”, O.Pr. p.479.

³⁷ Carta al P.D. (10.5.1923), en O.C. t. XXVIII, 1978, p.287-288

³⁸ *Le soulier de satin*, tercera jornada, escena VIII. Ver también la fórmula que figura en el epígrafe de la obra: *Etiam peccata*.

³⁹ *Journal*, t.II, p.400.

Paul Claudel, un cristiano en el siglo

la tarea del hombre, del cristiano, del poeta: se trata de remontar, sin cesar, de la una a la otra. Pero el camino a veces es rudo, ya que la Belleza, y sobretodo bajo la figura de la mujer, seduce al hombre de carne y de sangre, tentado así de quedarse en el camino. Hay que saber proferir “no”, si se quiere poder decir “sí” a Dios; y esto vale para el cristiano, y también para el artista, el poeta, ya que se trata de la belleza. Vocación del cristiano, vocación del poeta: la una se encuentra en la lógica de la otra.

Claudel tiene conciencia de ser de esos “creadores que dan a luz en la noche y en la pena una cosa que en una gran medida ellos ignoran”, incluso si “la obra producida ha brotado de las regiones más profundas de la fe y del amor ⁴⁰”. “La empresa de articular juntos los dos mundos, de hacer coincidir este mundo con el otro, fue la de toda mi vida, y es en el momento en que salí de Notre-Dame cuando la inmensidad de esta empresa saltó a mis ojos ⁴¹”.

“En el momento en que salí de Notre-Dame”; es decir, desde que reencontré la fe, a los dieciocho años. He ahí la vocación del poeta, cuando ese poeta se sabe cristiano. Es la vocación de todo cristiano “en el siglo”, hacer coincidir el mundo de Dios con el de los hombres, cada uno con sus exigencias a veces contradictorias. Pero es también la vocación propia del poeta, en el seno del universo creado. Si Claudel dice que no escribe como Racine es porque “Racine había puesto a Dios de un lado y al mundo del otro ⁴²”. Y denuncia esta “actitud del cristiano frente al mundo” que consiste en “mirarlo como malo, como sórdido y que no merece nuestras miradas, como una fuente de tentaciones o en todo caso de disipación. Esta actitud me llama la atención y no me parece lejana de ser herética. Ya que, después de todo, el mundo es obra de Dios, y nos habla de su autor, es un lenguaje que debemos deletrear con infinito respeto, alegría e interés, compuesto de cosas que Dios mismo ha declarado solemne-

⁴⁰ Carta al P.D., *op.cit* p.281 y 282..

⁴¹ *Mémoires improvisées*, *op.cit.*, p.62 (entrevista sexta)

⁴² Carta al P.D., *op.cit.*p.282.

mente buenas y muy buenas⁴³”. De donde la necesidad de comprender este mensaje (“no estamos en un mundo real en tanto estamos en un mundo privado de significación⁴⁴”). Descifrar la creación, comprender todo lo que contiene de símbolos, parábolas, alusiones a su Creador: he ahí el trabajo del poeta.

“Todo en la vida es simbólico o, si se quiere, parabólico. Se trata de liberar el sentido que es inseparable de la grandeza⁴⁵”. La función del poeta en el universo creado es entonces “muy simple, liberar el sentido... siendo el mundo una materia se trata de liberar el sentido, y como soy cristiano, ¿por qué liberar el sentido⁴⁶? Para un sacrificio ofrecido a Dios. El mundo es una inmensa materia que espera al poeta para liberar su sentido y transformarlo en acción de gracias⁴⁷”.

Esta es la tarea del poeta: ante todo un trabajo de interpretación. Comprender el mundo como creación, para encontrar la presencia misma de Dios: “la naturaleza no es ilusión, sino alusión⁴⁸”. El poeta es entonces un intercesor: debe decir a los hombres algo del sentido de la creación de Dios. Todo hombre, y aún más todo cristiano está llamado a “encontrar la alegría en las cosas que existen”; el poeta ha recibido el “don de expresarlo por palabras⁴⁹”. Es también un trabajo que tiene algo de sacerdotal, ya que se trata de ofrecer un sacrificio: comprender este mundo para ofrecerlo a Dios, de donde viene y adonde debe volver. “Paul Claudel, cristiano en el siglo”: a pesar de las apariencias, no hemos dejado nuestro tema. Se comprueba simplemente que el poeta, para interpretar su propio papel, es decir, comprender el mundo como mundo creado, como obra de Dios y destinada a Dios, debe comenzar por ser un hombre que asume este mundo en el cual se encuentra sumergido para hacer una acción de

⁴³ Carta al P.D., *op.cit.*, p.285

⁴⁴ Carta al P.D., *op.cit.* p.285-286

⁴⁵ *Mémoires improvisées, op.cit.* p.279

⁴⁶ *Op.cit.* p.234

⁴⁷ *Op.cit.* p.238

⁴⁸ *Journal*, t.II, p.412 (septiembre de 1942)

⁴⁹ Discurso en la Universidad de Georgetown, 25.2.28, en *Claudel aux Etats Unis, 1927-1933*, “Cahiers Paul Claudel”11, Paris, Gallimard, 1982, p.87.

gracias. En este sentido, la vocación del poeta, como la de todo cristiano, puede ser calificada de eucarística.

Y percibimos por qué Claudel, como muchos de los personajes de sus dramas, fue un hombre desgarrado. Ya que la creación es ambivalente. Ella es aquello que nos es dado por Dios, el mundo que el hombre debe habitar y sobre el cual el poeta debe decir y cantar su sentido. Ella es también aquello en lo cual el cristiano no debe quedarse, ya que siempre es necesario, bajo pena de idolatría, pasar de la creación (y de la criatura) al Creador, de la Belleza a la causa de la Belleza. La tentación consiste en quedarse en el camino; proseguir constituye el sacrificio. Tarea ardua, como lo decía San Francisco de Sales, la de pasar de los dones de Dios al Dios de los dones. Se comprende entonces por qué, a propósito del poeta, le conviene la palabra *vocación*; incluso no es excesivo hablar de *misión*:

“¡Qué responsabilidad sobretodo para nosotros, escritores, que somos guías de hombres y conductores de almas! Por el hecho mismo de que somos iluminados, difundimos la luz. Somos delegados por todo el resto del universo para el conocimiento y la verdad, y no hay otra verdad que Cristo...⁵⁰”.

Esta vocación se hará explícita cuando Claudel dedique una parte de su tiempo de embajador, luego de jubilado, al comentario de la Biblia: “He terminado la parte profana de mi existencia y ahora hasta la muerte no quiero ocuparme más que de obras religiosas”, y en este caso, para comenzar “un enorme libro sobre el Apocalipsis⁵¹”. Cuatro años después escribirá:

“Si yo pudiera honrar a la palabra de Dios, habituar a la gente a recurrir a ella sin cesar, no habría vivido en vano...Dejar de lado la palabra de Dios, como El la dijo y escribió para nosotros, bajo forma de doctrina, de figura y de ejemplo, dirigiéndose en nosotros a todo

⁵⁰ Carta a A.Gide del 7.11.05, *op.cit.*p.54.

⁵¹ Carta a G.Frizeau del 10.4.31, *op.cit.*p.328

lo que hay de alma y de carne, de sentimientos, de pasión de la luz y la belleza, es condenarse a la inanición y a la asfixia⁵²”. Llegado el momento, podrá hacer el balance de su obra literaria:

“He pasado cuarenta y cinco años de mi vida trabajando en el acercamiento de todos los horizontes del planeta (su tarea de cónsul y de diplomático) y de todas las laderas de la sensibilidad (su obra dramática y poética). Debía llegar un momento donde no quedara más que una dirección a explotar, la dimensión vertical (la hora de los grandes comentarios bíblicos)⁵³”.

¿Qué lección espiritual podemos retener del itinerario de este hombre, de este cristiano, de este poeta comprometido de este modo en el siglo? Una lección indudablemente rica. Se puede ver a Claudel en dos dimensiones: por un lado el escritor, diferenciable en poeta y dramaturgo cristiano por un lado, y comentador de la Biblia por el otro; por otro lado el cónsul y el embajador; y se puede estudiar cómo estos dos personajes se articulan entre sí.

Pero estas dos dimensiones no adquieren su sentido, su amplitud, su significación, si no se considera la vocación del hombre Claudel, que es, amplificada por el temperamento y el genio literario, la de todo hombre que se sabe llamado por Dios: la dialéctica del deseo y del sacrificio, el duro y, aquí abajo, precario acceso a la alegría:

“No hay nada más real que la Alegría, y nada más viviente que la Vida, no podemos obviar a Dios, y de El a nosotros hay un camino seguro y ya trazado. No es la exaltación de un místico, la que ha creado un orden nuevo, es la alegría razonable y natural de un ser viviente que encuentra su orden eterno, señalado ya visible y materialmente por la Iglesia⁵⁴”.

He ahí el “programa”, firmemente esbozado en estos términos en 1906; que Claudel quiso seguir, incluso si nunca, sin duda, las cosas le fueron fáciles.

⁵² Carta a G.Frizeau del 17.12.35, *op.cit.*p.354.

⁵³ Conferencia en el teatro de Lyon del 19.1.52, en O.C: t.XXI, 1963, p.486.

⁵⁴ Carta a A.Fontaine, del 9.12.1906, *op.cit.*p.229.

Entonces, ¿“Paul Claudel en el siglo”? Reconozcámoslo, hubiera sido el mejor marginado, como Rimbaud y mejor todavía, de quien Claudel no dejó de proclamar todo lo que le debía; Rimbaud, tan cercano de Claudel, y tan diferente; Rimbaud, cuya obra se terminó en pocos años, y que parte hacia el desierto africano, dando la espalda a toda actividad literaria. Claudel, que escribirá hasta su muerte a los ochenta y seis años, casado, padre de familia, funcionario. Es muy revelador que en el gran poema titulado *La Messe là bas*, que sigue paso a paso el desarrollo de la liturgia eucarística, la parte correspondiente a la consagración –en el corazón de la Misa– no es otra que una meditación sobre el destino de Arthur Rimbaud, y más precisamente una interpelación de Rimbaud que abandona la poesía, y, movido por no se sabe qué deseo, deja su país para llevar en Africa una vida de aventurero que lo llevará a la muerte: “Rimbaud, por qué te vas?...”

“¡No había medio para ti de llegar a la vida más que muriendo!

¡No es el pan, es el cáliz el que estaba reservado para un deseo tan grande!⁵⁵”.

Claudel prefirió el pan cotidiano, el del padre de familia y del hombre de oficio, y también participar en la eucaristía cotidiana, en una aventura que no podía sino conducirlo a la muerte. Pero su deseo no era menos grande que el de Rimbaud, y él también debió morir a muchas cosas para llegar a la vida; simplemente, había descubierto que sólo Aquel de quien la eucaristía es la presencia podía contentar su deseo.

Si Claudel se sumergió en el siglo, es también para escapar de la marginalidad, si no de la demencia que fue la parte que le tocó a su hermana. Claudel se sumergió en el siglo porque quiso servirlo en lo que tiene de más honorable, lo político, lo económico, lo social, todo lo que es necesario para la vida y el entendimiento entre los hombres: no encontró esto indigno del poeta ni del cristiano que era. Claudel se sumergió en el siglo para evangelizarlo: a través de su correspon-

⁵⁵ *La Messe là-bas*, “Consagración”, *op.cit.*p.512.

dencia con tantos interlocutores, sus comentarios de la Escritura, su poesía y también sus dramas. En fin, Claudel se sumergió en el siglo porque el siglo es ante todo el mundo, es decir, en lenguaje cristiano, la creación en todas sus dimensiones; mientras que renegar de la creación es hacerse cómplice de la obra de Satán. Por el contrario, esta creación, como poeta, la quiso comprender, decirla, cantarla; como hombre (como padre de familia y aún como funcionario), quiso tener su lugar; como cristiano, quiso ofrecerla a su Creador. He ahí, quizás, el corazón del hombre Claudel, lo que constituye su coherencia: este itinerario, que toma en cuenta el deseo del corazón y del cuerpo de todo hombre, que debe también pasar por el sacrificio, pero cuyo fin es la acción de gracias. Existen todos los *no* que deben decirse y escucharse decir –incluso el *no* a la Belleza misma; pero hay, últimamente el *sí* que cada uno está llamado a decir a Dios, a la fuente de la Belleza, al autor de la creación. Largo itinerario, ardua tarea la de rehusar poner la mano sobre el mundo para hacer una ofrenda a Dios; pero el término del recorrido es la acción de gracias, una eucaristía.

Ahora bien, esta vocación es, ni poco ni mucho, la de todos y cada uno; porque sin duda todos tenemos un deber de estado; todos estamos insertos en un orden, social, familiar, eclesial, sacerdotal; todos también estamos hechos de carne y sangre, pero también de espíritu. “Cada hombre tiene una lucha, un martirio y un triunfo a su alcance⁵⁶”. Cada hombre: incluso un esposo y un padre de familia, incluso un poeta y un funcionario.

Cuando doña Proeza interroga al rebelde Camilo, es quizás Claudel quien se interroga a sí mismo:

“Don Camilo, ¿es entonces tan difícil el ser un hombre honesto?, ¿un fiel cristiano, un fiel soldado, un fiel servidor de Su Majestad, un muy fiel esposo de la mujer que os habrá encontrado?⁵⁷”

La respuesta dada por Camilo no nos interesa aquí. Es la respuesta dada por Paul Claudel la que nos interesa. “Es entonces tan

⁵⁶ *Journal*, t.I, p.332.

⁵⁷ *Le soulier de Satin*, Première Tournée, escena III.

Paul Claudel, un cristiano en el siglo

difícil...” Difícil, ya que la vida cotidiana puede ser para todo hombre, para todo cristiano, un lugar de combate, combate tanto más rudo cuanto se trata del único que vale la pena, el combate espiritual, que Claudel evoca retomando los términos de Rimbaud: “El combate espiritual es tan brutal como la batalla de los hombres. ¡Dura noche, mi cara huele a sangre seca!⁵⁸”. Combate no sólo de una noche, sino de una vida; donde Dios puede parecer el adversario y del que se sale herido (que se piense en Jacob), pero donde Dios se revela como Aquél que recompensa, Quien es la recompensa misma. Digámoslo de nuevo con Paul Claudel: “cada hombre tiene a mano una lucha, un martirio y un triunfo”.

Traducción: P. Alberto Espezel

⁵⁸ “Ma conversion”, O.Pr. p.1011 (1913).